

PRÓLOGO

Una chica pueblerina como yo, con una vida poco interesante, con pocas amistades, que lo tenía todo: un padre del cual yo era su orgullo, una madre atenta, dos hermanas, sueños, y de un momento a otro, las piezas de mi vida comienzan a desmoronarse cual dominó. ¿En qué instante el destino comenzó a golpearme tan duro que hizo que mi mundo cambiara sin marcha atrás? ¿Cómo es que logré mantenerme en pie? ¿En qué ocasión dejas de ser una adolescente que solo se preocupa por sí, toma decisiones como cualquier joven y pasa a ocuparse de tres personas más?

Las elecciones que había tomado eran de esas, comunes, como si beber o no de ese vaso, tomar o no aquello que no es mío, fumar o no lo que me ofrecen, seguir o no a mis amigas, usar falda o pantalón, ropa ajustada o suelta, caminar o correr, dulce o salado, sonreír o llorar; pero hay situaciones que simplemente ocurren y no eres tú quien decide. Otras, parece que no son tan simples, o tal vez esas, ¿en realidad no lo son? Resoluciones de una muchacha de diecisiete, que dan la impresión de ser fáciles y, en realidad, a esta edad no deberían tomarse, porque lo que nos interesa es eso que dije: ropa, amigos, salidas, chicos. Pero, claro, hablamos de mí y siempre que hablemos de mí es lo opuesto. Jamás fui de "seguir el rebaño", como dicen en mis pagos. He roto todas las reglas que una chica de "cierta edad" debe seguir, porque hay momentos en que la vida te dice "ahora es cuando, Jane". Después, quién sabe...

Recuerdo que mientras mis amigas ya habían tenido novio a los trece, yo, por mi parte, recién me di mi primer beso a los quince. O cuando se juntaban a beber cerveza en la plaza, yo alguna vez iba, pero cuando me ofrecían decía que "no". Y qué decir de cuando mis compañeros mentían por no haber cumplido con alguna tarea y ponían excusas para que no les causara serias repercusiones en el liceo... yo amaba decir la verdad, aunque eso me hundiera, en este caso hacía que me odiaran por no seguirles "el tren".

Y si tuvieras una decisión importante por delante, ¿qué opción elegirías? ¿En serio es tan sencillo decidir? O ¿depende de lo que sea? La verdad es que en contadas ocasiones me he preguntado algo así, al menos hasta ahora. Creo que hay asuntos que decidí sin más, de forma automática, supongo. Aunque, si lo pienso, nada es automático, ni que fuéramos máquinas programables. Lo cierto es que en unos pocos meses el rumbo de mi existencia cambió tan drásticamente que apenas fui consciente de ello.

CAPÍTULO I

Esa paz que me hacía sentir ligera, donde podía ser yo, un día se esfumó.

Pasé de ser la hija única del matrimonio, a tener, con 17 años, dos hermanas. Clarisse tiene siete años, llegó cuando yo cumplía diez. Emma vino a poner mi paciencia al límite cuando tenía doce. Ella vivía llorando y gritando, pero lo mejor siempre ha sido su sonrisa. Por su parte, Clarisse es más calma, callada, dulce. Mi papá, Jamie De Mattos, de cincuenta años, y mi madre, Úrsula Flehing; cinco años menor, completaban mi círculo familiar. Ahora somos solamente cuatro, y yo la cabeza de familia para que esto no se vaya más a pique de lo que ya está. Úrsula llora por los rincones, "Las colitas", mis hermanas, la ven y están igual. Los animales en el campo hay que cuidarlos, recorrerlos, sanearlos. El panorama es poco alentador, necesito organizarme, no hay tiempo para llorar ni para pensar que me duele el cuerpo y el alma por no tener a mi papá para que resuelva las circunstancias que se presenten. Porque, además, no tengo ni idea de como hacerlo, él siempre estaba ahí para guiarme.

Es increíble que una persona como mi padre que hizo hasta tercer año de primaria, haya logrado ahorrar y hacerse su casa, con una familia mediana, eso sin contar que venimos de un largo linaje de sociedad media-baja. Ese mérito se debe a su persistencia y sus ganas de salir adelante, a trabajar sin parar, aunque no fue constante como hubiese querido, debido a que eran tiempos difíciles e iba de un trabajo a otro.

Entiendo el dolor de doña Úrsula, perdió a su compañero de vida, pero se está olvidando que tiene dos niñas más que cuidar y criar. Todas estamos sufriendo la pérdida, pero se supone que la adulta aquí es ella. Deprimirnos no es un lujo que nos podamos dar cuando dos personas más dependen de nosotras. Aunque al parecer, a ella se le ha olvidado el hecho de estar presente para sus hijas como lo estuvo para mí. No es solo apoyar

y contener, es buscar la forma de salir adelante, es tomar los remos y remar. Parece que se olvidó de lo que me enseñó, parece que estamos en un barco a la deriva y si bien ella está en él, no será su capitana. Quizás sea su niñez oscura, difícil, de necesidades. Apenas completó primaria, no tiene herramientas suficientes para enfrentar los desdenes de la vida. Pero el punto es que ellas están y nos necesitan. Aún están aquí y requieren de nuestro apoyo y cariño.

Por suerte, vivo en este pueblo que tanto amo. Es mi lugar en el mundo, he pasado los mejores años de mi existencia, y resulta que el peor también. Es pequeño, de unos mil habitantes. En el club social se hacen la mayoría de los eventos: cumpleaños, fiestas hípicas, reuniones familiares, pagos de pensiones a jubilados, entre otras cosas. Hay un supermercado y varios almacenes donde te puedes abastecer de lo imprescindible. Para ir al banco, a Antel, a Redpagos o al hospital debes recorrer veinte kilómetros, hasta la ciudad más cercana o cien, hasta Florida.

En esta zona rural lo que predomina es la ganadería, seguido de la agricultura. Para los grandes amantes de la hípica, están las carreras de caballos, muy tradicionales en nuestro pueblo, al igual que las criollas; un deporte campero que consiste en soportar por ocho segundos sobre un potro (caballo que no ha sido domado por el hombre) que bellaquea, dando saltos y brincos para librarse de su jinete. Una destreza y una técnica que solo los gauchos de campaña que la practican pueden realizar, ya que no hay una escuela para aprender. Durante décadas ha sido un deporte masculino, pero, lentamente, las mujeres han comenzado a practicarlo. Recuerdo la vez que papá me hizo subir a una vaquillona, obviamente, aré el piso con la cara. Se necesita fuerza, agilidad y destreza, y en esa ocasión no fue el caso.

Este pueblo era todo lo que estaba bien, adoraba esa paz que sentía en las nochecitas de verano con el sonido de los grillos y las aves, o las tardes después de un día de lluvia cuando las ranas croaban y parecía que se oía el crecer del pasto saliendo a la superficie. Una paz que te hacía sentir ligera, donde podía ser yo misma. Pero un día, esa paz se esfumó, como una brisa arrasada por el viento.

CAPÍTULO II

Yo, la luz de sus ojos, unos ojos que me daban paz...

Antes de este momento, antes de que mi vida cambiara irremediablemente, sentía que no me faltaba nada. Una madre dedicada, que nos escuchaba, que siempre tenía un consejo. Un padre trabajador, honesto, que brindaba las palabras justas cuando más lo necesitaba. Dos hermanas que revoloteaban por ahí y hacían mi cotidianidad más entretenida, aunque a veces, insoportable. Principalmente, en esas ocasiones cuando me tocaba quedarme con ellas, algo habitual, y no podía salir con mis amigas. No imaginaba mi vida de otra manera. Pero, un día, todo se puso gris. A papá le diagnosticaron cáncer y en cuestión de cinco meses, su luz se apagó.

Con 17 años tuve que hacerme cargo del trabajo de mi viejo, conocía sus vueltas, sus rutinas. Mientras tanto, su esposa, mi mamá, entró en una depresión tan grande que "se dejó morir en vida". Los últimos meses de él fueron terribles, así que la rebelde, como me llamaban en casa, tuvo que dejar sus estudios y dedicarse a sus cuidados y su trabajo. Fueron días difíciles, de hospital en hospital, luchando con los médicos para que lo atendieran como debían. Aun así, no se salvó. Mi padre fue un hombre frío, jamás demostraba sus sentimientos, menos los de afecto, jamás había un "te quiero" y tampoco salió de mi boca un te quiero, que recuerde, hasta un par de días antes de morir que por fin tuvimos "esa conversación" entre padre e hija, estaba pre-ocupado por lo que iba a pasar con mis hermanas y mi madre cuando muriera. Tenía miedo de que ella derrochara los pocos ahorros que habían logrado y habían invertido en animales, entonces, de forma dulce, sensible y cariñosa le dije que no se preocupara, que me encargaría de nuestro bienestar y así fue.

Luego de que quedaron listas las cuestiones del sepelio, me tocó el momento más duro. Decirles a mis hermanas, porque la señora Úrsula no era capaz ni siquiera de abrir la boca. Todas las responsabilidades me las derivó. Papá, nuestro papá, la luz de mis ojos, había muerto. Esas palabras y el dolor me atravesaron el pecho, me quemaban tanto que apenas podía soportarlo. En ese instante, logré reprimir mis sentimientos y las abracé. Fue un pacto de sangre, sabía que a partir de ese instante no habría en mi vida nada más importante que ellas, mis hermanas. Puse en pausa el dolor y me enfoqué en lo que vendría. Había quedado atrás la última decisión que tomamos con papá: ¿dónde iba a morir?, en el hospital donde estaba internado o en casa. Si moría en el hospital, el costo para trasladarlo más de cien kilómetros era impensable para nosotras. En cambio, si moría en casa, por lo menos podríamos costearlo. Le di la despedida que quería, morir en su casa y no en un hospital donde parece que los médicos se olvidan de la humanidad luego que se reciben y tratan a los pacientes como cosas que hay que sacarse de encima. Recuerdo el día que me comunicaron que “no tenía vuelta”, que no se podía hacer nada más. Me llevaron a un consultorio pequeño y cinco médicos me anunciaron: se va a morir, le queda un mes como máximo. Recuerdo las peleas telefónicas para conseguir la medicación que lo mantuviera lo más aliviado posible. Algo que se supone te pertenece por derecho, por pagar cada mes tus impuestos como trabajador y pagar una mutualista, parece que se convierte en un favor que te hacen.

Fui a la casa de la tía Ana, Úrsula se había ido hacía una semana para allá, papá no la quería ni ver y se había llevado consigo a mis hermanas. Para “Las colitas” era lo mejor, porque no sabíamos en qué momento dejaría de respirar, pero iba por ellas a diario para que compartieran las meriendas con él. No sé de dónde saqué la fuerza para expresar la triste noticia a mis rubias divinas. Habían aprendido a prenderle el oxígeno a papá cuando yo no estaba —le contaba a Cande una tarde sentadas junto al arroyo.

Me abrazaron y lloraron sin entender mucho, o sí. Me pidieron ir a verlo por última vez y claro que accedí, aunque mis conocidos me decían que era una locura, que como dos niñas tan chiquitas iban a ver algo tan mórbido. Pero a mí no me importaba lo que el resto pensara y más en esos momentos. Así que le dieron un beso en la frente y se despidieron, Emma dijo: “está muy frío”.

Supieron la verdad desde el inicio. —Si hay algo que detesto es rebuscar palabras para situaciones como estas, los hechos por su nombre. —Hubo instantes en el que papá estaba tan mal que no quería verlas y otras, eran ellas las que no querían, pero ahí estaba su hermana mayor para recordarles que entraran a la habitación, que hoy lo verían, mañana no sabían. Cande me miraba con los ojos nublados por las lágrimas, ha estado de forma incondicional, pero hay detalles que jamás había podido decir.

En cualquier caso, eso era así —continué—; no sabíamos cuánto iba a partir. Por eso, mientras dormía a su lado, me despertaba para escuchar si respiraba. Doy gracias porque siempre que me desperté, lo estaba haciendo. No sé si hubiera podido cargar con ese recuerdo; prefiero pensar que se levantó como solía hacerlo a diario y se cansó de respirar. Mi amiga lloraba en silencio. —Pero eso no fue todo, Cande. El día que lo enterramos, llamaron del Fondo Nacional de Recursos para avisar que le habían adjudicado el medicamento que tanto estábamos esperando para su tratamiento. Era súper caro y lo traían de Cuba. Nuestras miradas se encuentran. —Tuve que explicarles que su respuesta había tardado mucho, que ya era tarde. Nos abrazamos con mi amiga— no podía contener la angustia, la impotencia, quería gritarle al Sistema de Salud que no fuera deficiente, que las vidas no siempre pueden esperar, que el tiempo va a una velocidad inimaginable para las personas enfermas, pero de nada hubiera servido— Cande se secaba las lágrimas con sus puños al igual que yo.

En esta historia la señora Úrsula cuenta muy poco, casi que estorba, porque desde que supimos la enfermedad de Jamie, él no la quiso cerca. Ella era bastante insoportable, sin dudas era mejor tenerla lejos, sin contar que prefirió la depresión a tener que enfrentar lo que se venía. Creo que esperé a que actuara como un adulto y que fuera ella quien afrontara toda la mierda que estábamos pasando, pero no. A veces la miro y me pregunto ¿dónde quedó la madre atenta y cariñosa? Tengo la sensación de que perdimos a ambos padres y no a uno. Es como si se hubiese olvidado de que existimos, que también nos duele, que también nos queremos morir junto con él, porque nada parece tener sentido. Pero aquí estamos, intentando seguir, porque la vida para nosotros, aunque duele, sigue.

El día que lo despedimos, lloré solo una vez. Fue como si una llama en mi corazón se hubiese apagado, como si fuera el mío que hubiese dejado de latir. Al otro día, cuando me levanté, me sentía perdida,

no me encontraba en ninguna parte, mi madre lloraba y mis hermanas, al verla así, también lo hacían. Las primeras semanas transcurrieron de este modo, hasta que me harté y tomé las riendas de la situación. Casi le prohibí a mi madre llorar y estar mal porque mis hermanas se ponían igual y no podían estar tristes cada día. Comencé a retomar el trabajo de papá y hacerme cargo sola de nuestros animales.

Como si esto fuera poco, las emociones comenzaron a pasarme una mala jugada. Todos esos momentos de preocupación, estrés y de- más, desencadenaron en un lunar sin pelo, en el lado derecho de mi cabeza, casi sobre la línea del medio de mi cabello. Una mañana me miré al espejo y lo vi. Era un redondel de unos tres centímetros que se estaba quedando pelado. Junto con eso aparecieron las manchas chiquitas blancas en mis piernas, así que ahí comenzaron mis visitas al médico.

Intentaba cubrir la falta de pelo, pero era bastante evidente. Era una reacción de mi cuerpo, mis defensas atacaban el pigmento de la piel, pensaban que era algo extraño al igual que mi cabello en esa zona y los desaparecía. Para "calmar" mis defensas comencé a aplicarme una crema, rogando que funcionara. Pero el mismo dermatólogo me aclaró que hasta que no estuviera tranquila, no habría mayores avances. Pero nada de eso ocurrió, al paso de unos meses mi madre estaba de trabajo en trabajo. Nada le servía, aquella unión que teníamos para salir adelante ya no era tal. Su afán por emerger de esa tristeza fue más grande que el bienestar de mis hermanas. Llegó a involucrarse con un amigo mío de veinte años. Después siguieron otros, también muy jóvenes. Para entonces yo tenía dieciocho. Ese cumpleaños, un 9 de abril, fue una mierda igual que el anterior. Era muy cercano a la fecha en que papá falleció; exactamente un mes y eso me bajaba el ánimo al piso. Recuerdo que Julián, mi novio, me dijo, más de una vez, que mi madre estaba con mi amigo y yo hice caso omiso, hasta que la encontré con Pedro. Estaban acostados en el sofá como dos adolescentes, pero claro, uno de ellos era mi madre. Ese día terminé de entender que solo estaba yo para mis hermanas. Pasaba noches en vela escuchando las puertas de las habitaciones. Algunas veces me levantaba y me asesoraba que estuvieran bien, otras veces me quedaba vigilando los sonidos en la oscuridad. No sabía si alguien había entrado en la habitación de mi madre "a escondidas" o a propasarse con mis hermanas pequeñas. Mamá no tenía vergüenza, no se quería ni a sí misma, no tenía escrúpulos, en realidad no sabía si alguna vez los había tenido o si los había perdido, daba igual.

CAPÍTULO III

Aquellas calles de tierra del pueblo donde podía caminar sola, siendo una niña, donde la plaza en las noches de verano se convertía en el lugar perfecto para "hacer la pica" mientras jugaba a la escondida; las idas al arroyo con los vecinos que eran casi mi familia, esa que se elige no solo por cercanía en espacio, sino porque se elige con el corazón... ¿En qué momento todo eso se convirtió en un lugar vacío, oscuro y triste?

Apenas quedaban los recuerdos de las escapadas a casa de María, la vecina de enfrente. Cuando las discusiones entre mis padres se ponían feas en casa, el mejor lugar en el mundo era con ella. María, su pan casero dulce o sus papas fritas con huevo frito y pan rallado aplacaban esas trifulcas, incluso cuando me veía involucrada en ellas, porque mamá y yo no nos entendíamos. Eso, sin mencionar que era muy intrépida, rebelde, curiosa, artera, con un genio de aquellos. Si mamá decía blanco, para mí era negro, ese carácter nos llevaba siempre al enfrentamiento. La niñez y la adolescencia no fueron nada fáciles, poco ayudaba el hecho de que papá pasara días sin venir; a veces el mes entero. Sus trabajos incluían: albañilería, peón rural, cuidador de caballos y cualquier otra actividad que sirviera para traer dinero a casa. Durante mis primeros diez años de vida, solo eramos mamá, él y yo, luego llegó Clarisse y a los dos años, Emma. Al principio era padre e hija a donde sea, era su "colita". Lo acompañaba al boliche, aunque a papá no le gustaba. A regañadientes, me decía que ese no era lugar para una niña. Quizás por eso, mientras fui pequeña, prefería haber sido niño, así no habría tenido tantos obstáculos y hubiese podido estar siempre pegada a papá. Compartíamos los mismos gustos, los dos amábamos los caballos, las carreras era lo que más disfrutábamos. Una de las felicidades más grandes que tuve, fue cuando me regaló a "Gringa", una yegua pura, que jugaba al polo

pero como se rompió pudo conseguirla y traerla como madre para sus futuros caballos. Era hermosa, tostada, con la cara blanca, elegante, mansa, pero nerviosa: perfecta.

La relación que tenía con papá no se podía definir en palabras... "Eres la luz de mis ojos", decía siempre De Mattos, quizás porque el tenerme a mí le cambió la vida. Priorizó mis necesidades en todo momento, era su compañera a pesar de ser solo una niña. Cada cosa que me enseñaba yo lo aplicaba. Cuando tenía ocho años me pasó su receta sagrada de caramelos de miel, en la época que mejor le fue con la apicultura. Me quedaba hasta la madrugada para hacerlos, ya que en el día, las abejas, por el olor, irrumpían en aquella pequeña cocina. Él decía que su receta era secreta, que nadie más la sabía, que la obtuvo de una amiga a quien prometió atesorar. Era casi como un secreto de Estado. Cuando llegaba el día, los preparaba en bollones que luego vendía en los almacenes del pueblo. Más tarde la producción se extendió a Sarandí del Yí y mis ingresos aumentaron. Y así como él, a los 8 años, tuve mi primer emprendimiento, aunque él, a diferencia de mí, tuvo que trabajar de estancia en estancia por necesidad. Já más lo dije, pero él era para mí, mi faro en la oscuridad, bastaba con mirarnos el uno al otro para saber lo que queríamos decir.

De chica tuve el privilegio de tener a mis padres muy presentes, me dieron valores para desenvolverme en la vida. Úrsula siempre estaba conmigo, porque era ama de casa, no por elección, sino porque a mi padre no le gustaba que trabajara fuera de casa. Antes de conocerlo, a sus dieciocho años, mamá trabajaba; aunque si papá la hubiese conocido antes, lo hubiese impedido. Esa era una de las actitudes que odiaba de él, su machismo. Pero en el fondo, agradezco que Úrsula tuviera mucho tiempo para mí.

No se puede decir que en casa pasáramos hambre en aquel período, pero había que conformarse con lo que había, y cuando llegaron Clarisse y Emma, tuvimos que ajustarnos aún más. No había agua potable, la canilla pública más cercana estaba a cinco cuadras. Había que acarrear el agua para beber, bañarse, limpiar, cocinar, etc. Pero eso nunca me impidió ser feliz.

Recuerdo que la llegada de Clarisse fue muy esperada. Deseaba una hermana, alguien con quien compartir los juegos, travesuras, alguien que me acompañara toda la vida y no sentirme tan sola. En cambio, la llegada de Emma fue otra cosa, porque me di cuenta de lo

que era tener una hermana y ahora dos; la cuestión cambió. Cambió porque debía cuidarlas, mientras mamá y papá trabajaban juntos en apicultura: era un montón.

La adolescencia no fue tan agradable y feliz, es cuando comienzas a forjar tu carácter, comienzan los NO y tu cuerpo empieza ese intento de cambio. No es demasiado lindo, menos aún hablando de la "señorita rebeldía" en persona.

Como mencionaba anteriormente, mis papás siempre me aconsejaron que fuera honesta, que no mintiera, que respetara a los adultos, a los hombres, y que "con ellos no se juega porque eso puede terminar muy mal". También me aconsejaron no consumir drogas, cuidarme de con quién salía, prestar atención a las amistades, esa lata que te dan tus padres, si son verdaderos, porque quien ama cuida y aconseja. Pero para lo que nunca prepararon a este corazón, fue para hacerse cargo de sí misma y de dos más. Siempre estaba del otro lado de todo, jamás seguía a la multitud, como lo hacían mis compañeras. Tenía personalidad y carácter, algo que por momentos me sirvió y por momentos me hundió. Por eso supongo que los consejos tuvieron efecto positivo. Mamá era la del "No", no podés juntarte con... porque sale con uno distinto de cada baile; no podés juntarte con... porque se droga; no podés ir a bailar; porque sos chica, no podés, no podés... casi como si se tratara de enfermedades contagiosas que se transmiten por el aire o cercanía. Sin embargo, papá jamás decía que "no", y no por consentir a "la luz de sus ojos", sino porque confiaba en mí y en mi buen juicio; en el fondo sabía que "estar del otro lado" hacía que fuera por el camino correcto. "Siempre tienes tú la decisión, siempre eres tú la que elige, así que depende de lo que elijas, así será tu vida". Eso decía Jamie. Y "no porque te juntes con uno o con otro, quiere decir que tú seas igual".

Pienso que no valoré nada de lo que tenía, probablemente porque me dieron todo en bandeja. No tuve que hacer ningún esfuerzo, no tuve que mover un dedo para tener un plato de comida en la mesa, tampoco tuve que mover un dedo para vestirme, ni me tocó exigir cariño, lo tenía todo ¿Y ahora?

Así transcurrió parte de mi adolescencia: entre un grupo reducido de amigas (cuatro), bailes, muchos bailes, burlas por no salir con veinticinco chicos como las demás, risas a tus espaldas por no fumar como lo hacía la mayoría, rechazo por ser diferente. Y convengamos

que, en un pueblo donde todos se conocen, el “qué dirán” ha tenido mucho peso, aunque no para mí, dado mi temperamento.

Estas vivencias se acompañaban por idas a la estancia donde papá trabajaba de forma estable. Esas idas al campo eran gratificantes para las cuatro. Largas horas de recorridas en los pastizales, curando terneros abichados (para los no entendidos, las moscas de la “bichera” ponen sus huevitos en heridas o lastimaduras, e incluso en los ombligos de los terneros recién nacidos. De allí crecen los gusanos que comienzan a comerse al animal vivo. Disculpen por ser tan gráfica, pero es así), sacando otros atracados de sus madres al no poder parirlos, trayendo y criando corderos que quedaban abandonados, encerrando el ganado para sanearlo, realizando la esquila y miles de actividades más. Las pequeñas, con cinco y siete años también hacían estas tareas y las disfrutaban. Jamie, al igual que yo, quería que estudiara veterinaria, algo muy lógico para el medio en el que vivimos. Probablemente, eso haría luego del secundario, o por lo menos esos eran los planes.

Un montón de recuerdos viajan por la mente, donde por un instante te olvidás y te encandila la niñez, tan inocente. Te ves ahí, del otro lado, tan serena, feliz, espontánea, ruda, sintiéndote capaz de llevarte el mundo mismo, si te lo pusieran, por delante y... ¿Ahora?

CAPÍTULO IV

¿Ahora quizás no se llevaría el mundo por delante? ¿Ahora no es cuando tiene que reaccionar y volver a este lado? Un lado que ¿no es feliz?, ¿o sí? Lo máspreciado se ha ido, el vacío es inexplicable, su ser se ha roto en mil pedazos y sus fragmentos parecen imposibles de unir. Sería armar las piezas de un puzle que quedaría incompleto, ¿quién puede vivir así?, ¿se puede siquiera vivir así?, ¿de a partes?

Pasó tan rápido que ni siquiera tuve tiempo de hacerme preguntas, tan rápido como viaja la luz a través de un cristal. Hubo un instante que intenté dejarme caer en la más profunda oscuridad, por no saber cómo seguir con mi vida sin alguien que la guiara, por ver cómo las cuentas llegaban y no había ingresos, por el caos que era mamá. Mi vida parecía un juego de dominó, donde una ficha caía tras otra, y sentía ese dolor en el pecho que me quitaba el aire. En medio de esa tormenta, que parecía no terminar nunca, habían dos estrellas delante de mí, casi imperceptibles, hasta ahora. Cuando las miré sentadas frente a mí a la mesa y observé sus rostros tristes, y sus miradas viendo la nada, les sonreí por inercia. Aquellos cuatro faroles volvieron a encenderse, entonces, comprendí que había motivos de sobra para continuar, dos motivos que sin dudas cambiarían para siempre mis prioridades. Dos motores que me impulsarían de una forma que jamás hubiese imaginado, porque me necesitaban, porque dependían de mí y yo las necesitaba sin saberlo, pero por sobre cualquier cosa, era una ley de vida: "Los hermanos sean unidos porque esa es la ley primera". Así nos lo hizo saber papá, y eso quedó grabado a fuego; en ese segundo en que me había perdido, recordé que mi amor por ellas era más grande que cualquier fuerza del destino, incluso por peor o dolorosa que fuera. Un amor que traspasaba fronteras, las propias, las de esas mujercitas, donde ni siquiera la muerte podría cambiar ese sentimiento.